

REFLEXIONES EN TORNO DEL APRENDIZAJE EN LOS ADULTOS

Andrés Ricardo Novoa Barrero¹

El notable avance tecnológico y los grandes cambios de orden general que se han venido dando en los años recientes obligan a pensar de una nueva manera lo que significa el desarrollo del talento humano en la sociedad moderna.

Los seres humanos llegamos a la vida dotados de un conjunto de capacidades y potencialidades para ser y para realizar, que poco a poco podemos ir desarrollando y mejorando. Es nuestra dotación de talentos para ser y para crecer. Esas capacidades y potencialidades van de lo más elemental en el mundo de los afectos y los sentimientos, hasta lo que es posible llegar a ser en las complejas dimensiones del conocimiento abstracto y de la creación científica. Es de allí de donde partimos al recorrido de hacer la vida.

A partir de esa dotación básica de talento - igual para todo ser humano - crecemos “en nosotros mismos” y de allí crecemos hacia la familia, los grupos, la sociedad y la vida toda. Luego, en algún momento, deberemos hacer el balance de si a lo largo de la vida hemos acrecentado, dilapidado o, simplemente, sin realización ni uso, apenas hemos guardado los talentos que nos fueron concedidos. Porque están allí como el río que pasa, que o bien dejamos correr o bebemos de él con avidez.

El talento es lo único que puede ser aceptado como “*recurso*” en la dimensión humana de las personas, y sólo para ellas mismas. No somos un recurso para otros. Somos personas que podemos convertir nuestros talentos en “*recursos*” para ser invertidos en la realización de finalidades esenciales de los seres humanos como las de gozar la libertad, o recrear a nuestro gusto y necesidad, y trascender el mundo en que vivimos.

¹ Consultor de la Oficina del IICA en Colombia, E-mail: anovoab@iica.org.co, Santafé de Bogotá, Colombia

La educación, en todos sus niveles, pero esencialmente en el de formación para la vida en sociedad, nos demostró que el talento de las personas puede ser desarrollado y mejorado. Y han sido ideados para ello muy diversos métodos y recursos para facilitar nuestro aprendizaje en ese proceso.

Del maestro tradicional con férula y ábaco en la mano, a veces consecuente y cálido, pero frecuentemente rígido y severo, llegamos a los métodos y orientaciones modernas que se sintetizan en los medios electrónicos interactivos, en espacios abiertos, y en interlocutores a distancia. Del trabajo en el aula y la vista fija en el pizarrón, pasamos a las redes de Internet para interconectarnos con un mundo antes no visualizado, que hace ya cerca de 20 años Marshall McLuhan llamó como el de la sociedad global y la aldea del conocimiento.

Cuando la generación de la segunda mitad del siglo pasado comenzó a formarse, la educación era concebida con fines esencialmente instrumentales para el desempeño de las personas. De las primeras letras y las tablas de multiplicar pronto nos llevaron a la tabla periódica de los elementos, a la regla de cálculo y a otras herramientas de trabajo para cumplir - como operarios fieles - oficios y tareas diversos. Primaba entonces la máxima de “enseñar a hacer”, dejando de lado la valiosa práctica de la vida que nos enseña que para aprender es necesario “hacer aprendiendo”.

La educación se basaba en el pensamiento de que para el aprendizaje bastaba el conocimiento disponible, en tanto era suficiente conocer el pasado y, como máximo, proyectar algunas enseñanzas de la historia para con ellas construir el presente. El maestro o tutor, poseedor del conocimiento, lo transmitía a sus alumnos, y con ello transfería lo sabido como una capacidad instrumental para el hacer.

En ese contexto normalizado y formal de la enseñanza sólo los chicos, en su ingenuidad creativa, podían cada vez asombrarse más

con lo nuevo, y soñar; a nosotros, los adultos, parece que nos estuviera vedado imaginar el futuro, y creer en la utopía.

En la educación formal, escolarizada, el dominio de las habilidades y destrezas era privilegiado sobre la búsqueda y el desarrollo de las capacidades y talentos creadores de las personas. Debíamos aprender a seguir las rutas de oficios y tareas, de tiempos y movimientos para llegar a lugares determinados. Nos enseñaban así a ser artesanos del conocimiento que no artistas creativos de sus posibilidades.

La recompensa y el castigo en la práctica educativa respondían más al contexto de la inquisición que otorgaba o negaba reconocimientos, calificaciones y títulos, cuando no al contexto del “adiestramiento”, basado en principios derivados de la concepción reactiva del proceso de aprendizaje, que consideraba que podíamos aprender si recibíamos los estímulos necesarios o las sanciones y premios apropiados por nuestro desempeño. Esa orientación conductista primaba sobre la que propone que en el proceso de aprender está implícita la seducción del conocimiento que irremediamente nos atrae a conquistarlo, y que para seducirlo, y por él ser seducidos, no hay estrategias, ni caminos, ni alternativas fijas o predeterminadas para lograrlo.

Han cambiado entonces mucho los actores, y sus roles y propósitos. En efecto, hoy día la educación reconoce nuevos roles a los actores del proceso de aprendizaje: sitúa al *maestro* en los lados indistintos de emisor y receptor, al *alumno* como protagonista de su propio aprendizaje, y a los medios pedagógicos como auxiliares transitorios y modificables del proceso. Por ejemplo, la participación interactiva viene siendo reconocida como una estimulante forma para compartir no sólo con otros, con los nuestros, sino con la vida misma, con el pasado y con los sueños, y por ellos llegar, ya y ahora, al futuro no logrado aún, pero deseado. Y nos son puestos entonces a disposición, y recreados cada vez por nosotros los adultos, medios diversos para el efecto: desde los seminarios, talleres, encuentros de reflexión dirigida, cursos formales, y charlas y conferencias

presenciales, hasta las conexiones vía satélite, y los diálogos con los multimedia. ¿Y quién es el que aprende de esa interacción? Parodiándolo de la poesía, son los mismos que pierden - o ganan - en las batallas del amor, ¡que siempre son los dos!

Así como en el amor - en el de la vida y para ella - en la dimensión de la educación de adultos los nuevos enfoques reconocen que la educación es un proceso que transcurre a lo largo de toda la vida, y que ésta es necesaria - como aquel - para la vida. No se determinan entonces así tiempos o espacios limitados, y en un sentido amplio, no hay en él conquista alguna que pueda ser del todo alcanzada. Aprendemos todos los días, de todas las cosas y de cada experiencia. Organizar conscientemente estos aprendizajes y aprovecharlos para nuestro quehacer es una característica del adulto.

Para los adultos, que aprendemos fundamentalmente de nuestros errores, como dice Karl Popper, cuando somos capaces de reconocerlos y colocarlos en la intención de corregirlos, el aprendizaje se ha convertido más en una aventura que estimula el intelecto, compromete nuestra acción y satisface la realización de nuestras capacidades naturales para reconocer y transformar el mundo. El conocimiento ganado en esta perspectiva, ha pasado entonces de ser el objeto de la acción del pensamiento, de la acción intelectual que se satisface en ella misma, a ser un instrumento para el arte de aprender a vivir bien, para nosotros mismos y para los demás.

Menos individualistas que antes, cuando dependíamos de padres y maestros, los adultos cada vez nos relacionamos más con otros en un mundo que es fuertemente interactivo e interdependiente. Los grupos de referencia en el trabajo, la diversión, el deporte, los negocios, como también en la academia, se han convertido en espacios naturales para aprender. Y los estímulos a que acudimos en estos escenarios son los de la competencia, la ganancia, el placer y el gusto por hacer y crear. Creamos nuestros propios referentes para calificar nuestros progresos en el saber y nos apoyamos en el pasado

para buscar y construir nuevos conocimientos enfatizando el valor de la creatividad y la innovación permanentes.

El adulto tiene el reto de la sobrevivencia y sabe que para ella depende fundamentalmente de su propia capacidad para afrontar y resolver nuevos desafíos. Aprendemos amando y sufriendo y de los fracasos sacamos ganancia. Los medios formales de la universidad, los textos y laboratorios y su estructura de reconocimientos académicos, son una porción más de la multiplicidad de recursos a los que el adulto puede acudir para aprender. Las experiencias no formales y no estructuradas como el diálogo inteligente, la lectura sensata de viejos y nuevos autores, el juego de competencia, la participación en las empresas personales y de los negocios y aún los mundos de las guerras y las conquistas del amor son, entre otros más, conjuntos de experiencias que hacemos propicios para el aprendizaje.

Empero, parece que de algunas de esas vivencias hemos creado mitos y falacias en torno a cómo aprenden los adultos. Por ejemplo, el mito de que lo aprendido no puede ser olvidado, que olvidar y aprender es cambiar, y que el cambio puede venir acompañado del fracaso. Nos asfixia este miedo al fracaso porque, si acaso, hemos sido exitosos en alguna empresa personal, la posibilidad de fracasar en la que tenemos entre manos, o en otra diferente, nos impide reconocer que hay otras nuevas formas de hacer las cosas. Acostumbrados al mundo de éxitos que el adulto forma en su mente por las realizaciones de cada día, se nos hace difícil aprender lo que otros hacen, o desarrollar nuestras propias y nuevas formas de hacerlo, por el miedo a dejar de hacer lo que bien hacemos. Tememos el ridículo al que puede llevarnos el ensayo de lo nuevo. Y no reconocemos que del ridículo, por atrevernos a hacer, también podemos salir y progresar, puesto que el ridículo es una categoría de valor creada por la mente humana para calificar el miedo a la propia incompetencia.

Nos falta más capacidad para atrevernos a hacer uso de la intuición y a ser más atrevidos, a veces aventurados, para actuar. Así,

porque nos enseñaron el respeto y acatamiento de los adultos, a oír la voz de los mayores, y a escuchar la palabra de los sabios, nos abstenemos de decir la propia, y en los momentos necesarios, decirla con vigor, con fuerza y convicción. El respeto a la “*opinión del otro*” es tan importante en el diálogo social, al punto que es un derecho consagrado en la constitución política de las naciones; sin embargo, no usamos este derecho para respetar nuestra propia palabra, y frecuentemente la acallamos, dejando de decir lo que puede ser motivo de riquísimas discusiones y encuentro de alternativas.

Nos es difícil olvidar, porque nos enseñaron que la memoria es dotación básica de los sabios. A ella le rendimos culto en la historia y por ella y por el respeto a la memoria de los ancestros nos aferramos a las tradiciones. Sumidos y encerrados en nuestros propios y limitados saberes nos aferramos a ellos como a un bagaje único para transitar la vida, y por ello ¡cuánto trabajo nos cuesta olvidar lo aprendido para aprender lo nuevo!

Fue en el ambiente del juego cuando de chicos más aprendimos: a cantar y a reír, a ser pacientes o luchadores, y a conquistar y seducir. Fue en ese mundo libre y legítimamente irresponsable en el que primero aprendimos a ser. De nuestros compañeritos aprendimos las habilidades primarias para relacionarnos con otros, para movernos con competencia en las luchas infantiles, para dar los primeros pasos en el amor y para comenzar nuestras primeras empresas. Hoy, de adultos, hemos perdido mucho del valor que tiene lo lúdico en el aprendizaje. Nos hemos vuelto serios y formales para aprender, y por ello, en cierta forma, algo infértiles para cambiar.

Paradójicamente, los adultos podemos tener entonces menos facilidades para aprender que los infantes y adolescentes. Quizá por ello, acompañados de Borges y de García Márquez, debamos creer que es posible hacer más grato el aprendizaje, y decir con ellos que para aprender mejor, deberíamos cantar y reír más, comer paleta y chupar bombones, jugar...y como ellos, que lo hacen, ¡volver a ser niños, y con ellos y de ellos *aprender!*